

su diácono Pedro, y el papa (que según los historiadores de Ravena había sido avisado para ello de una vision en la noche antecedente) no quiso ratificar la eleccion hecha, y propuso á Pedro como persona diputada por el cielo para aquella dignidad; en cuya proposicion consintieron los diputados despues de alguna resistencia.

Recibida la consagracion episcopal fué nuestro Santo conducido á Ravena, y recibido en ella con extraordinaria alegría, residiendo á la sazón en aquella ciudad el emperador Valentiniano III y su madre Gala Placidia. El santo obispo estenuaba su cuerpo con los ayunos, y ofrecia sus lágrimas á Dios por los pecados de su pueblo, á quien nunca cesó de instruir con sus palabras y su ejemplo. Cuando entró en el goce de su dignidad halló en su diócesis muchas reliquias de la supersticion pagana; y aun entre los fieles se habian introducido en algunas partes varios abusos; pero fueron dichosos frutos de su celo apostólico la total estirpacion de las primeras, y la reformation de los segundos. La ciudad de Classis, situada en las costas, era entonces el puerto de Ravena, de donde distaba como tres millas; y S. Pedro erigió cerca de su iglesia mayor una gran fuente, y el monasterio de S. Andrés. Ejercitaba una caridad sin limites y una vigilancia infatigable con todos los de su grey, alimentándoles con el manjar de vida y con la palabra de Dios. Ciento setenta y seis discursos suyos existen todavia, cuya coleccion hizo Felix, obispo de Ravena, en el año de 708. Todos ellos son muy cortos, porque nunca quiso fatigar la atencion de sus oyentes. En ellos junta una elegancia grande con la extrema brevedad: su estilo no tiene los defectos comunes de hinchado ni forzado en la expresion, aunque está entretejido de sentencias y frases que dicen entre sí una admirable conexión: las palabras son muy oportunas, muy sencillas y muy naturales; y las descripciones afluentes y claras. No obstante sus discursos mas son instructivos que patéticos; y aunque en ellos se esplica muy por estenso la doctrina, se encuentran pocas espresiones que hieran con vehemencia en los afectos. No deben tampoco contarse sus discursos entre los mejores modelos de elocuencia, sin embargo de haber llegado á grado tan alto su reputacion en cuanto á la calidad de predicador que mereciese el nombre de Crisólogo, que quiere tanto decir como discursos de oro, ó arengas escelentes. Recomienda fuertemente la frecuente comunión, para que alimente diariamente nuestras almas la santa Eucaristia, que llama él por lo común Cuerpo de Cristo, en que, dice él mismo, comemos al mismo Cristo. En todos ellos repite y ensalza la escelencia y la obliga-

ción de dar limosnas, de orar y de ayunar: los cuarenta dias de ayuno en la Cuaresma dice que no fueron de invencion humana, sino de autoridad divina. A los que su poca salud no permitia ayunar estos cuarenta dias, exhorta á recompensar aquella falta con abundantes limosnas. Entre las reliquias del paganismo que él dice haber estirpado, cuenta el Santo el rito y modo de celebrar el dia de año nuevo; del que dice: «El que se divierte con el demonio, jamás podrá reinar con Cristo.» Muchas veces predicó, según aparece de sus escritos, en presencia del emperador y de la católica emperatriz Placidia, madre de tres hijos, Valentiniano III, Placidia y Eudocia. Dice tambien que la silla de Ravena acababa de ser elevada á la dignidad de metropolitana por el papa, y por el favor de un príncipe cristiano. Porque aunque Ravena hacia mucho tiempo que era metrópoli de la provincia Flaminiana, los obispos no obstante seguian siendo sufragáneos del arzobispo de Milan, hasta que en tiempo de S. Pedro Crisólogo fué elevada á esta dignidad. Condenado por Flaviano el herejarca Eutiques, escribió una carta circular á los prelados mas ilustres de la Iglesia en defensa y justificacion de su persona y conducta: y nuestro Santo en la respuesta que le dió, le decia que habia leído con empacho su carta; porque si la paz de la Iglesia es una cosa que causaba aun en los cielos alegría, la division y turbulencia no podia menos de ocasionar tristeza y descontento: que el misterio de la Encarnacion, aunque inesplicable, nos habia sido transmitido por la ley divina; y que todo esto debia creerse con sinceridad de fe. En virtud de esto le exhortaba tambien á aquietarse y no disputar, pues que tenia delante de sus ojos las rocas y escollos en que habian dado por seguir aquel rumbo Origenes, Nestorio y otros. En el año de 448 recibió nuestro Santo á S. German de Auxerre con grande honor en Ravena, y despues de la muerte de éste no tuvo menos dicha en haber heredado su cogulla y su camisa. No le sobrevivió mucho tiempo, pues que en el año de 452, en que Atila se aproximó á Ravena, ocupaba ya su silla Juan, sucesor de Crisólogo, y en efecto salió aquél á recibirle. Amonestado pues el Santo de su próxima muerte, se volvió á Imola, patria suya, y allí dió á la iglesia de S. Casiano una corona de oro engastada en perlas, un cáliz de oro con patena de plata, y otras alhajas que se conservan en el dia, y son famosas por sus milagros. Pedro murió en Imola, probablemente en 2 de diciembre del año de 450, y fué sepultado en la iglesia misma de S. Casiano. La mayor parte de sus reliquias se conserva en ella; pero un brazo del Santo se venera en Ravena depositado en una rica urna. (But.)

SAN CLEMENTE DE ALEJANDRÍA, PADRE DE LA IGLESIA.

TITO Flavio Clemente fué natural de Atenas; principió sus estudios en Grecia, les continuó en Italia, Asia Menor, Asiria y Palestina, y acabó sus dias en Egipto; porque el deseo insaciable de saber le hizo medir á viajes el mundo, por aprovechar en la humana literatura. Hace mencion él mismo de cinco maestros eminentes que tuvo, uno en Grecia de la secta jónica, dos en Calabria, y dos mas en el Oriente. Era muy versado en la filosofía platónica; pero se inclinaba mas á los principios de los estoicos; y sin contraerse á instituto particular elegia libremente lo que le parecia mas escelente. Uno de los maestros que tuvo en Palestina fué de linaje judío, y probablemente cristiano de profesion; pero el último, y á quien preferia siempre á todos los demás fué Panteno, que tenia escuela catequética en Alejandria. En este exámen é inquisición de la verdad halló claramente lo craso de los errores de la idolatría, y vino en busca de la luz de la fe; porque luego que estuvo enriquecido con toda la opulencia de la literatura profana, principió á conocer, que habia otra especie de ciencia mucho mas importante y delicada, que era la de la religion, como que esta era la que traia la felicidad al hombre. Desde entonces su sed por sabiduría tomó otro rumbo diferente, y fijó sus deseos en la teología, no queriendo ya mas, dice él mismo, que una vida perfecta de todas las virtudes. Dícenos, que algunos de aquellos que fueron inmediatos sucesores de los apóstoles, y que preservaron la verdadera doctrina por tradicion desde S. Pedro, Santiago, S. Juan y S. Pablo, habian vivido hasta su tiempo para sembrar en los corazones de los que entonces vivian la semilla que habian recibido de los apóstoles mismos sus predecesores. Enviado Panteno á las Indias por el obispo Demetrio, en el año de 189, le sucedió Clemente Alejandrino en su escuela de doctrina cristiana en Alejandria, en la cual enseñó con mucho fruto, y entre otros discipulos contó al famoso Orígenes y á S. Alejandro, que fué despues obispo de Jerusalem, y mártir. Su modo de instruir era enseñar en primer lugar lo que tenia de bueno la filosofía pagana, y despues ir inclinándolo á sus discipulos gradualmente al cristianismo: de modo que le abrazaban fácilmente, como que tenian ya gustadas muchas suaves máximas de moralidad que les advertia la luz de la razon, y que habian hallado esparcidas en los escritos de los filósofos. Clemente fué promovido al sacerdocio á principios del reinado de Severo; porque Eusebio le da ya este titulo en el

año de 195. La persecucion que este emperador levantó contra la Iglesia en el año de 202, le obligó á abandonar su empleo y pasarse á Capadocia. Poco despues pasó á Jerusalem donde predicó con gran constancia y mucho fruto, como se ve por una carta escrita por Alejandro. De aqui marchó á Antioquia, y por cuantas partes pasaba estendia y aumentaba el rebaño del Señor, hasta que desde esta ciudad volvió á entrar en Alejandria.

Grandes encomios nos han dejado los antiguos de la virtud y doctrina de S. Clemente; pero su mayor elogio son sus propios escritos, en que comunicó á otros parte del tesoro que con tanto desvelo habia juntado. En su *Exhortacion á los gentiles* hace patente lo absurdo de la idolatría, dando una relacion histórica de la mitología; en cuya obra esparció muchos curiosos descubrimientos que en sus viajes habia hecho, formando una agradable pintura de varias preciosidades. Su segunda composicion fué la que llama *Stromata*, que viene á ser una miscelánea en ocho libros, sin mucho orden, comparándolo el autor no con un jardín en que se adviertan en disposicion ordinal árboles y plantas dispuestas en orden armonioso, sino con un bosque intrincado, en que se ven promiscuamente árboles y plantas de todas especies. En esta obra, que dice él haberla hecho para que le sirviese como de coleccion en su edad avanzada, por si perdía la memoria de lo que habia aprendido, espresa con candidez haber hablado á veces como demasiado filósofo, y haber dicho algunas cosas incautamente, pero que por lo general admiten interpretacion sencilla y cándida. El estilo en esta es algo mas duro que en las demás obras suyas: no obstante se advierte en ella una copia grande de materiales y riquezas de ingenio, con una profusion de doctrina prodigiosa; y muchos discursos sobre moralidad, metafísica, sobre varias herejias, sobre la idolatría, y sobre la teología cristiana. En el libro sexto pinta el carácter del verdadero gnóstico, ó buen cristiano. Los principales rasgos de esta pintura son, que el verdadero gnóstico tiene un perfecto dominio sobre sus pasiones, es exactamente templado, y no concede á su cuerpo mas que lo indispensablemente necesario: ama á Dios sobre todas las cosas, y á las criaturas por él, y por el respecto que al Señor dicen, no habiendo cosa que sea capaz de separarle de él. Lleva con paciencia todos los infortunios, y pone todo su estudio en saber aquello que es relativo á Dios. Jamás se deja vencer de la ira; y pide continuamente aquella caridad que le hace inseparable de él, rogando por la remision de sus pecados, y gracia para no pecar mas y hacer todo lo bueno. En

el libro séptimo discurre por todas las virtudes de su gnóstico, y dice, que este está siempre empleado en honrar á Dios, en amarle, en entenderle ó conocerle, oír é imitar á su Verbo que se hizo hombre por nuestra salvacion: que es cortésano, afable, paciente, caritativo, sincero, fiel y templado en todo: que desprecia los bienes del mundo, y está dispuesto á sufrir cualquiera penalidad por Jesucristo: que nada hace por ostentacion, miedo, ni deseo de recompensa, sino por puro amor y por puro respeto á la bondad y justicia de Dios: últimamente que en todo es santo y divino. El gnóstico ora en todo lugar, pero en secreto, en el seno de su corazon: tanto en los lugares públicos, como en sus conversaciones, y mientras está ocupado en sus labores. Alaba á Dios continuamente no solo por la mañana cuando el sol nace, y por la tarde cuando se pone; sino cuando se pasea, cuando se viste, cuando se acuesta, glorificando á Dios incesantemente, como los serafines de que habla Isaías. Distingue después S. Clemente los verdaderos gnósticos de los falsos ó herejes que en su tiempo turbaban la Iglesia con abominables novedades, y con el pretexto de una perfeccion imaginaria. Los errores y las extravagancias en que han incurrido algunos acerca de la perfeccion, demuestran la mucha delicadeza con que debe tratarse esta materia. S. Clemente para precaverse contra los falsos místicos, explica la naturaleza y propiedades de cada virtud teológica, y particularmente la pureza del amor de Dios. Señala juiciosamente los límites entre la resignacion y la indiferencia, y trata sobre la actividad, la trasformacion y la union, de modo que se eviten todas las equivocaciones, oscuridad de palabras, el lenguaje y las ilusiones del fanatismo. El corto tratado de este Santo, titulado *¿Quién es el rico que puede salvarse?* es una esposicion de las palabras de Cristo al rico avariento, (*Marc. 10.*) demostrando que para salvarse no es necesario que un hombre abandone todas sus riquezas, con tal que haga buen uso de ellas conforme á los preceptos de Dios. Aquí discurre el autor sobre el amor de Dios y del prójimo, y sobre el arrepentimiento; y para probar su eficacia cuenta la famosa historia del ladrón á quien convirtió de su mala vida S. Juan.

El *Pedagogo* de S. Clemente, en tres libros, es un compendio excelente de la moral cristiana, y manifiesta el modo con que vivian en aquellos siglos todos los buenos cristianos. En el primero demuestra el Santo que Cristo es el pedagogo, conductor y pastor de los hombres, y que todos necesitan de su direccion; porque toda la vida de un cristiano debe ser una serie continuada de acciones virtuosas. En el libro segundo se establecen varias

reglas para algunas obligaciones particulares, especialmente las relativas á la abstinencia, mortificacion, modestia, humildad, silencio, oracion, limosnas, y castidad tanto en el estado del matrimonio como en el del celibato. Prescribe por regla el alimento sencillo y escaso para la salud y la robustez: una comida al dia, y esta por la tarde; ó cuando mas dos, esto es, fuera de la principal dos, como desayuno, ó merienda de un poco de pan, ó cosa semejante, sin el exceso del beber. Prueba ser lícito contra los encratitas el moderado uso del vino; pero le prohíbe á los jóvenes, y desea que solo se bebiese, y esto escasamente, en la comida principal. Condena el lujo en el aparato, y se produce contra él mucho mejor que Juvenal, y que ninguno de los satiristas anteriores al Santo. Manda que el sueño sea moderado, y nunca concede que deba tomarse entre dia: quiere que se principie la noche rezando las divinas alabanzas, y que se levanten á orar alguna vez entre noche, levantándose, ó dejando el lecho por la mañana al romper el dia. Contra las licenciosas libertades de los paganos demuestra, que toda impureza es pecado contra la misma razon natural. En el libro tercero habla de la modestia, etc. y manifiesta, que solo los cristianos son verdaderamente ricos, porque el tesoro de estos es la frugalidad ó moderacion. Concluye exhortando á los hombres á dar oídos á los saludables preceptos de Cristo, á quien dirige una oracion, alabándole con el Padre y el Espíritu Santo, y dándole gracias por haberle hecho miembro de su Iglesia. En esta obra se establecen muchas reglas excelentes para conducir las almas á la verdadera perfeccion; pero seria de desear que en alguna traduccion se hiciesen mas agradables y conformes á las costumbres de nuestros tiempos algunas espresiones propias de aquellos siglos, ó no estrañas al oído en ellos.

El estilo de S. Clemente en su *Pedagogo*, y especialmente en su Exhortacion á los gentiles, es florido, elegante y sublime, como observa Phocio; pero su decir no es artico, ó perfectamente puro. En todos sus escritos se advierte esplayada una erudicion grande, especialmente en su Exhortacion á los gentiles. S. Jerónimo le llama «el mas sabio de nuestros autores,» y Teodoreto dice: «aquel santo varón escedió á todos en estension de doctrina.» S. Alejandro de Jerusalem y otros antiguos Padres recomiendan sumamente la santidad de su vida. El piadoso autor francés de la Biblioteca portátil de los Padres de la Iglesia, nota, que Clemente es uno de los maestros mas excelentes de la vida interior entre los antiguos Padres, y que sus máximas principales son, que el gnóstico, ó verdadero cristiano, debe orar en

todo lugar y tiempo, tanto dentro de su corazón, como diciendo y rezando á veces himnos y salmos al Señor; que debe crucificar todos los apetitos desordenados, y debe tener bajo de una subjugación perfecta todos sus sentidos; y aunque por caridad esté unido con el Señor, debe estar siempre pidiendo gracia para no pecar, y perdon por lo pecado. Murió pues S. Clemente en Alejandria antes de acabar su reinado Caracalla, á quien mataron en el año de 217. Su nombre ocupó su lugar en el Martirologio de Usuardo, que se usó por mucho tiempo en las Iglesias de la Galia, pero nunca en el Romano. El papa Benedicto XIV en su sabia disertación dirigida en forma de breve al rey de Portugal, prefijada á la edición del Martirologio Romano, hecha en el año de 1749, demuestra escelerentemente, que no hay razón suficiente para no haber jamás insertado su nombre en este Martirologio. La autoridad pues de algunos Calendarios particulares, y la costumbre general de los biógrafos sagrados basta para que pongamos su vida en este lugar. (*But.*)

La misa es en honor de Sta. Bárbara, y la oración la que sigue:

O Dios, que entre los otros prodigios de tu poder has hecho victorioso en los tormentos del martirio el sexo mas frágil, concédenos la gracia de que honrando el dichoso nacimiento al cielo de Sta. Bárbara, virgen y mártir tuya, caminemos á ti por medio de sus ejemplos. Por nuestro Señor, etc.

La Epístola es del cap. 51 del Eclesiástico.

Yo te daré gracias, Señor Rey, y te alabaré, ó Dios y Salvador mio; porque has sido mi ayuda y mi protector glorificaré tu nombre, y porque libraste mi cuerpo de la perdición, del lazo de la lengua injusta y de los labios de los forjadores de mentiras, y has sido mi defensor contra mis acusadores. Y me libraste segun la muchedumbre de la misericordia de tu nombre, de los leones rugientes dispuestos á devorarme, de las manos de los que querian quitarme la vida,

y de todas las tribulaciones que me cercaron por todas partes; de la voracidad de la llama que me rodeaba, y en medio del fuego no sentí el calor; de la profundidad de las entrañas del infierno, de la lengua impura y de las palabras de mentira; de un rey injusto y de las lenguas maldicientes. Mi alma alabaré hasta la muerte al Señor, porque tú, ó Señor Dios nuestro, libras á los que esperan en tí, y los salvas de las manos de las gentes.

REFLEXIONES.

Me libraste segun la muchedumbre de tus misericordias de los leones rugientes. ¿Por ventura no son nuestras pasiones estos leones rugientes? á lo menos tienen toda la fiereza, toda la fuerza y toda la crueldad de los leones; ¡y qué horrible destrozo no hacen en nuestra alma! Las pasiones son nuestros mas mortales enemigos, tanto mas temibles, cuanto son mas domésticos. Por mas que se las acaricie, se las halague y se las trate bien, jamás se domestican, jamás se amansan. ¡Qué enemigo, buen Dios, no alimentamos en nosotros mismos! El medio de domar un enemigo tan terrible es no hacer jamás paces ni treguas con él. Somos vencidos desde el instante mismo en que le tratamos con blandura. La victoria depende casi enteramente de la resistencia y porfía del combate: ¿se halaga una pasión? se hace desde luego mas fiera y mas impetuosa; basta que se la deje respirar un momento para que tome nuevas fuerzas, forme nuevas cadenas, y lo llevé todo á fuego y sangre. Hay pasiones que es menester maltratarlas enteramente: otras se deben atacar de frente; las hay tambien de tal calidad, que solo con la huida podemos no ser vencidos de ellas. No vencer una pasión sino á medias es irritarla, no quitarla las fuerzas. Las reflexiones sobre los tristes efectos de las pasiones son un excelente remedio contra las pasiones mismas. Ciertos pueblos procuraban hacer ver á sus hijos un hombre inflamado en cólera, en los furiosos trasportes de esta pasión, para inspirarles horror á este brutal frenesí. Esta especie de pinturas no dejan de hacer su impresion. Si el avaro, si el orgulloso pudieran ver sus retratos al natural; si aquél sus sucios ahorros y su voluntaria miseria, á fin de dejar mas hacienda á unos ingratos que se divertirán á costa de un tonto; si éste sus ridiculas ideas de grandeza, y la desmedida estimación que hace de sí mismo con mérito tan mediano; esta sola vista les podria servir de contraveneno, ó á lo menos debilitaria mucho la pasión. Un hombre cuerdo se avergonzaria de ser colérico, de ser avaro; y un hombre cristiano de ser soberbio y altivo. Todas las demás pasiones no dan mejor idea de sí á quien las ve tales como son. Es un artificio de nuestro amor propio el no hacernos ver nuestras pasiones sino á una falsa luz; no nos parecen violentas, hediondas, enemigas y perniciosas sino en los otros. Queremos que las nuestras sean siempre mas bien acondicionadas, queremos que tengan un aire mas afable y menos rústico. Mirémoslas sin preocupaciones; pensemos de nosotros mismos como los otros

piensan; no miremos nuestras pasiones sino en sus efectos; estos son sus verdaderas imágenes; quitémoslas la mascarilla, veámoslas sin disfraz, y nos desagradarán. ¡Buen Dios! ¿no es de temer que estemos de inteligencia con ellas? Lo cierto es, que se alimentan á nuestras espensas. La indulgencia con que las escusamos da bastante á conocer que no las miramos siempre como á enemigas. Con mas indulgencia tratamos á nuestras pasiones, que ellas á nosotros: si quisiéramos vencerlas, no nos faltarian modos ni medios para conseguirlo.

El Evangelio es del cap. 25 de S. Mateo.

En aquel tiempo dijo Jesus á sus discípulos esta parábola: Será semejante el reino de los cielos á diez vírgenes, que tomando sus lámparas, salieron á recibir al esposo y á la esposa. Pero cinco de ellas eran necias, y cinco prudentes. Mas las cinco necias, habiendo tomado las lámparas, no llevaron consigo aceite; pero las prudentes tomaron aceite en sus vasijas, juntamente con las lámparas. Y tardando el esposo, comenzaron á cabecear, y se durmieron todas; pero á eso de media noche se oyó un gran clamor: Mirad que viene el esposo; salid á recibirle. Entonces se levantaron todas aquellas vírgenes, y adornaron sus

lámparas. Mas las necias dijeron á las prudentes: Dadnos de vuestro aceite, porque se apagan nuestras lámparas. Respondieron las prudentes, diciendo: No sea que no baste para nosotras y para vosotras; id mas bien á los que venden, y comprad para vosotras. Pero mientras iban á comprarlo, vino el esposo, y las que estaban prevenidas entraron con él á las bodas, y se cerró la puerta. Al fin, llegan tambien las demás vírgenes, diciendo: Señor, Señor, ábrenos. Y él las responde, y dice: En verdad os digo que no os conozco. Velad, pues, porque no sabeis el día ni la hora.

MEDITACION.

De la vigilancia cristiana.

PUNTO PRIMERO. — Considera cuán funesto fué á estas vírgenes poco vigilantes su corto sueño. Despiertan sobresaltadas, echan de ver entonces que se apagan sus lámparas por falta de aceite, y corren á comprarlo. En este corto intervalo viene el esposo, y llena de sus gracias á las vírgenes sabias; esto es, á las vir-

genes vigilantes que no se habian dejado coger del sueño. Las vírgenes necias, quiero decir, las que por su descuido y su somnolencia no habian provisto sus lámparas, vuelven á toda diligencia; pero el esposo habia ya entrado, y se habia cerrado la puerta: llaman, gritan, suplican, lloran, pero se les responde: *Nescio vos*: No sé quienes sois; no os conozco. Ah, Señor, ¿y qué necesaria es para la salvacion la vigilancia cristiana! Mientras estamos en esta vida vivimos en un país enemigo: todo es riesgos, todo tentaciones, todo lazos: nuestros sentidos nos engañan, nuestro espíritu nos deslumbra, nuestro propio corazon nos hace traicion. Muchos son los objetos que nos tientan: el aire del mundo es contagioso: nosotros mismos somos nuestros mayores enemigos: ¿de qué armas, de qué precauciones no necesitamos para no ser vencidos? El Salvador del mundo reduce todas sus instrucciones á dos obligaciones esenciales en que están contenidas todas las otras: *Vigilate et orate*: velad y orad para que no caigais en la tentacion. ¿Y por qué esto? Porque estas dos obligaciones encierran en sí toda la economía de la gracia y de la libertad del hombre, las que deben concurrir juntas para vencer la tentacion. La oracion nos alcanza del cielo los socorros que necesitamos para pelear; y la vigilancia nos pone en estado de usar valerosamente de estos socorros, inútiles si no concurren juntos. Tú oras, pero te falta la vigilancia; oracion inútil, pues tu falta de vigilancia impide el efecto de tus oraciones. Tú velas, pero no oras; vigilancia vana é ilusoria, porque te prometes vencer al tentador con tus propias fuerzas. Un hombre que ora sin velar sobre sí mismo, es, por decirlo así, un hombre armado de toda suerte de armas, que se duerme á vista de su enemigo. Un hombre que vela y no ora sin cesar, es un hombre que está siempre en estado de pelear, pero sin armas y sin defensivos. Considera cuán indispensablemente necesarios son estos dos medios, y reconoce con dolor el funesto origen de todas tus tristes caídas.

PUNTO SEGUNDO. — Considera que orar sin velar es presumir de la gracia, y lisonjearse de una esperanza quimérica de vencer sin pelear con el enemigo. Velar sin orar es presumir de sus propias fuerzas, y esponerse temerariamente al peligro de caer en la tentacion. Orar sin velar es contar sobre un socorro, que ó no le tendremos, ó que haremos nos sea inútil. Velar sin orar es contar sobre un socorro demasiado débil para sostenernos, y pedir demasiado á una naturaleza tan corrompida como la nuestra; pero descuidar de velar sobre sí mismo y de orar, es es-

tar muy cerca de ceder á la tentacion, y ser vencido; ¿y no es esta la conducta lastimosa de la mayor parte de las gentes? ¿esas personas tan poco religiosas, tan poco cristianas juntan la oracion á la vigilancia? ¿la juntan las que se entregan ciegamente á todos los peligros, las que alimentan y halagan á todas sus pasiones, las que conocen que no son tan insensibles á la impresion de los objetos que se las presentan? ¿esas mujeres de mundo juntan la oracion á la vigilancia cuando pasan los dias en la mas perniciosa ociosidad, cuando no piensan sino en el fausto, en la compostura, en los espectáculos, en las diversiones, cuyas costumbres son tan contrarias á la moral de la religion, y cuya conducta es enteramente pagana? ¿y se pasman despues que el infierno se llene de cristianos? ¿y se lastiman de la dificultad que hay en el mundo de obrar su salvacion? ¿y se escusan y disculpan con su flaqueza? Cuando la salvacion fuera tan fácil como es difícil, viviendo como viven hoy la mayor parte de los cristianos, ¿se salvarian? ¿pueden hacer mas gastos de los que hacen para asegurar su propia reprobacion? Las almas mas inocentes, mas retiradas y mas fervorosas; aquellas almas tan verdaderamente cristianas, las vírgenes sabias no dejan de velar y orar sin cesar, y con todos estos socorros se las dice que obren su salvacion con temblor y temor; y unas almas esclavas del pecado, y tantas veces vencidas, viven en una profunda seguridad. ¡Oh delirio, oh frenesi!

Dignaos, Señor, hacer que estas reflexiones me sean saludables y provechosas; no me negueis la gracia que os pido de velar y orar incesantemente.

JACULATORIAS. — Penetrad mi carne de vuestro temor para que esté en estado de evitar vuestros terribles juicios. (*Psalm. 18.*)

Ayudadme, Dios mio, y me salvaré: y meditaré sin cesar vuestros preceptos. (*Ibid.*)

PROPOSITOS.

1 Se pasan los dias de la mayor parte de los cristianos en un continuo esparcimiento hácia afuera, en una espantosa disipacion de espíritu y de corazon: se derraman hácia toda suerte de objetos, y se prometen una suerte feliz y dichosa. Corrige desde hoy este error; y despues de haber considerado la necesidad que tienes de orar y de velar sin cesar, haz una firme resolucion de poner en práctica todo lo que conocieres ser necesario. No te contentes con tus oraciones ordinarias: en tus oraciones acuérdate de pe-

dir á Dios la victoria de tus pasiones y de tus tentaciones: acostúmbrate tambien á hacer continuamente por el dia, y cuando despertares por la noche, estas oraciones jaculatorias ó aspiraciones devotas: Yo os amo, Dios mio; antes morir, Señor, que ofenderos: Señor mio y Dios mio. *Deus, in adiutorium meum intende: Domine, ad adjuvandum me festina*: Tened cuidado, Dios mio, de ayudarme; daos prisa, Señor, de venir á asistirme, etc.

2 Vela á toda hora sobre tí mismo, está alerta contra tí mismo, desconfía sin cesar de tu amor propio y de tu propio corazon. El fruto de esta vigilancia es la guarda de los sentidos; la modestia y la circunspeccion son las llaves, por decirlo así, del tesoro de la inocencia. El silencio es un freno de nuestra alma: nadie se arrepintió jamás de haberlo observado; y nunca se habla mucho sin que se saque algo de que arrepentirse. No te olvides jamás de esta sentencia del Salvador: *Vigilate et orate*: Velad y orad.

DIA V.

MARTIROLOGIO.

SAN SABAS, abad, en Mutalasca en Capadocia; el cual en Palestina resplandeció con admirable ejemplo de santidad, y trabajó fielmente en defensa de la fe católica contra los que impugnaban el concilio Calcedonense. (*Véase su historia en las de hoy.*)

SANTA CRISPINA, mujer nobilísima, en Tebaste en Africa; la cual en tiempo de Diocleciano y Maximiano, porque no quiso sacrificar á los ídolos, fué degollada por mandato del proconsul Anulino: S. Agustin la alaba muchas veces en sus escritos. (Nos dice este Santo *in Ps. 120 y 137*, que esta santa mártir era una señora de ilustrísima cuna, muy rica y casada; que tuvo muchos hijos, y que aunque de complexion delicada su espíritu era varonil en lo que tenía relacion con Dios. Cuando fué preciso confesar públicamente el nombre de Cristo, no hizo ningun caso de las amenazas ni de las exhortaciones del magistrado que trataba de persuadirla, mereciendo así la palma del martirio por el generoso sacrificio de su vida en el año 304.)

LOS SANTOS MÁRTIRES JULIO, POTAMIA, CRISPIN, FELIX, GRATO Y OTROS SIETE, en Tagura en Africa.

SAN BASO, obispo, en Nicea junto al rio Varo; el cual por confesar la fe católica en la persecucion de Decio y Valeriano, por decreto del presidente Perennio fué atormentado en el caballete, abrasado con planchas de hierro ardiendo, herido con varas y con escorpiones, y arrojado al fuego; mas saliendo de todo sin daño, le traspasaron la cabeza con dos clavos, y consumó su ilustre martirio (en el año 254.)

SAN DALMACIO, obispo y mártir, en Pavia, que padeció duran-